

MEMORIA HISTÓRICA Y PERIODISMO CRÍTICO: LA CONSTRUCCIÓN DE LA AUTONOMÍA

FRANCISCO SIERRA CABALLERO

Toda cultura es resultado de la dialéctica de la memoria y del olvido, un aprendizaje y apropiación activa de lo trascendente y accesorio del ser por medio de la experiencia y de la potencia histórico-social que nos constituye como sujetos y colectividad. Si, compartiendo la idea de José Carlos Mariátegui, por lo general, quien no puede imaginar el futuro tampoco puede pensar el pasado; y, por lo mismo, quien no cultiva la memoria poco o nada puede proyectar en el horizonte histórico, la relectura de las páginas de la revista *Triunfo* es, sin ningún género de dudas, una invitación extemporánea a pensar nuestra contemporaneidad y Andalucía en la actual encrucijada histórica.

Quienes apenas vivimos la decadencia del régimen, no creemos, como el maestro Vázquez Montalbán, que contra Franco se viviera mejor, pero, ciertamente, lo que

sí podemos compartir es que, a la vista de la evolución del campo profesional y con la debida distancia histórica, entonces se escribía y ejercía el periodismo con mayor fuste y proyección social. Para los aprendices de periodistas que iniciábamos la profesión a golpe de contratos precarios y decepciones académicas, propias de una Universidad Complutense, heredera de la Facultad de Ciencias de la Información, de los afectos al régimen, *Triunfo*, junto a *Cuadernos para el Diálogo* y *Ruedo Ibérico*, constituían un referente ético y progresista de lo que debía ser ejercer la profesión, de lo que había constituido la resistencia democrática a la dictadura. En alguna de las raras ocasiones en que la institución permitía mirar más allá del *statu quo* reinante en el sector, tuve ocasión de conocer a Víctor Márquez Reviriego como alumno. Trabajaba quien esto suscribe, a la sazón, como redactor *free lance* de *Mundo Obrero*. Y en más de una ocasión, para los reportajes y documentación de las reseñas culturales, tuve oportunidad de consultar las páginas de esta histórica publicación numerosas veces censurada y, paradójicamente, desaparecida con la promesa del cambio del nuevo gobierno del PSOE al que tanto había contribuido y proyectado en sus páginas la revista *Triunfo*. Tanto en el aula como en las ocasionales consultas para documentar nuestro trabajo, un denominador común me llamó la atención de la lectura de esta publicación, casi de culto para los más jóvenes, a saber: la solvencia, calidad y compromiso sociopolítico con los valores progresistas. Una concepción editorial del trabajo informativo que hoy más que nunca debiera ser referenciada, por ser esta una época y un contexto cultural, si hablamos de Andalucía, que, lejos de rendir tributo al pasado, tiende a aniquilar, en virtud de una errática lectura posmoderna

**Recordar hoy
el papel de
la profesión
en esta
publicación
de referencia
es volver a
repensar el
papel de la
prensa y la
profesión en el
desarrollo de
Andalucía**

sin sentido, toda mirada retrospectiva en el cambio de ciclo que tiene lugar con la *modernidad líquida*.

Y es que, ciertamente, nuestro tiempo, si por algo se distingue es, justamente, por la preeminencia de una cultura pragmática y una percepción del presente perpetuo, marcada, incluso teóricamente, por el olvido de la historia, y la negación de toda lectura crítica sobre las cenizas del pasado. La complejidad y velocidad de los cambios en curso han penetrado tan profundamente en las estructuras y formas de sociabilidad, que la naturalización, a nivel del discurso público, de las lógicas dominantes de mediación simbólica, se han revestido de tal consistencia y opacidad, que, bajo la apariencia de una falsa transparencia, parecen irreductibles a la crítica, mientras el proceso de estructuración y organización de la comunicación y la cultura públicas amplía y reproduce las formas de desigualdad material y simbólica características del capitalismo, colonizando el pensamiento y la producción noticiosa, como nunca antes se había observado en la información de actualidad. Este proceso de borrado y reorganización de la función informativa es, por fortuna, sin embargo, aún incompleto. El reconocimiento de la labor de la revista *Triunfo* es un ejemplo de la voluntad de empoderamiento y redefinición del campo periodístico por algunos resistentes de la profesión. No se trata, sin más, de una iniciativa voluntarista pensada para tributar un merecido homenaje a quienes no dudaron en poner su inteligencia creativa al servicio de los más necesitados. Recordar hoy el papel de la profesión en esta publicación de referencia es volver a repensar el papel de la prensa y la pro-

fesión en el desarrollo de Andalucía. Más aún, cuando, por fin, quienes tanto hemos luchado por la creación del Colegio Andaluz de Periodistas, hemos visto aprobado en la última sesión del Parlamento Autonómico la constitución de este órgano colegial, reivindicación histórica para la dignificación profesional, que hoy puede resultar un nacimiento condenado al fracaso, pues vivimos un período marcado por la penuria, la crisis estructural y la precarización de la profesión.

Si, como dijera Italo Calvino, somos lo que recordamos, y la memoria, un espacio en permanente reconstrucción, la escritura de la historia del capítulo protagonizado por los periodistas y profesionales de la revista *Triunfo* no debe concebirse, en definitiva, como una mera recuperación de la memoria y/o una suerte de reconstrucción académica de la Historia del Periodismo Español, que sin duda, falta hace, y más aún con una visión andaluza. Tal empeño significa más bien el reto y voluntad de articulación de una lógica productiva del derecho a la información que sea coherente con quienes contribuyeron en la transición a hacer real nuestra autonomía como pueblo. Nada mejor para cultivar la esperanza en la era Internet de la velocidad de escape que pararnos a pensar qué y cómo fue posible este periodismo en un tiempo de silencio y censura. O, en otros términos, cómo hoy es pensable una información distinta en una era en la que se acentúan aún más las patologías del periodismo-basura como resultado de la agresiva política liberalizadora iniciada en la década de los ochenta del pasado y largo siglo XX, por la que las grandes corporaciones multimedia dirigen la actividad informa-

tiva hacia la ligereza, el sensacionalismo, la mercadotecnia y múltiples fórmulas y formatos estandarizados de reproducción social pensados con la sola idea de reducir la incertidumbre de un mercado voraz, agresivo y crecientemente desregulado.

En un reciente homenaje a nuestro colega y protagonista también de este heroico pasaje, por excepcional, del periodismo andaluz, Antonio Ramos Espejo afirmaba que las redacciones han perdido el pulso y corazón que da sentido a la labor periodística. Qué duda cabe. Falta corazón y falta inteligencia, luego también memoria, pues esta facultad cognitiva está directamente conectada con el pensamiento crítico y la inteligencia creativa. Por ello, una solución para la regeneración democrática del periodismo es volver a las fuentes. Y nada tan importante para ello como la crónica y el *background*, elementos paulatinamente relegados en las redacciones por otras fórmulas y contenidos menos elaborados o artesanales, y cuya carencia resulta especialmente grave y lesiva en el Sur del sur, en Andalucía.

El sentido y función pública que legitima la mediación periodística es la capacidad, como institución social, de producción colectiva de identidad y de articulación de un proyecto común, como repositorio de memoria histórica. *Triunfo*, en el contexto de la prensa andaluza de transición significó esto y mucho más. La lectura, décadas después, y navegación entre sus páginas dejan en evidencia la importancia de un periodismo comprometido con la democracia y las voces subalternas, pensada desde Andalucía y por Andalucía. La nómina de voces y actores políticos, el tono y visión editorial, la mi-

rada, en fin, que atraviesa la función editorial de la revista, constituyen toda una declaración de principios que contribuiría a dar testimonio histórico de un periodo que, a todas luces, puede ser considerado, desde el punto de vista de la lucha por las libertades, una época dorada para el progreso y reconocimiento emergente de Andalucía. Siendo no obstante esta una experiencia minoritaria y a contrapelo de la norma dominante en el panorama periodístico nacional, podemos convenir que, si es preceptivo pensar nuestra cultura y el periodismo en Andalucía desde el punto de vista del cambio social, es preciso volver la mirada atrás y tratar de comprender, una vez más, insistimos, cómo fue posible esta experiencia inédita en la historia del periodismo español, cómo tuvo lugar una nueva mirada del Sur en sus páginas. Una primera respuesta, a modo de hipótesis, es que, tanto en el director como entre los colaboradores y reporteros andaluces, anidaba una clara visión utópica concreta que se materializaría en una forma original, diferente, de mostrar, decir y señalar la realidad popular andaluza.

Como un ejercicio de *palingenesia*, como la construcción, en otras palabras, de lo social desde lo colectivo, como un pensamiento y una acción transformadora, la utopía es interpretable aquí, para el caso que nos ocupa, como una forma de determinación del presente y futuro de Andalucía en tanto que posibilidad de acción que instituye una norma con la que medir la realidad desde nuestras aspiraciones colectivas, a partir, obviamente, de la tradición y del pasado. Nada que ver, desde luego con el descrédito que hoy vive la profesión, que, de acuerdo a los sondeos

**Una solución
para la
regeneración
democrática
del periodismo
es volver a
las fuentes.
Y nada tan
importante
para ello como
la crónica y el
background**

del CIS, está bajo mínimos. La crisis de confianza que vive el periodismo en nuestro país cobra mayor relieve cuando hacemos memoria histórica y recuperamos del baúl de los recuerdos páginas brillantes y heroicas sobre cómo transgredir la censura e informar de nuestra tierra con criterio, confianza y voluntad de servicio público. Lo contrario a una agenda que rompe, fija y, como reza la Real Academia, da esplendor, es lo que vivimos en nuestros días con la inercia autista de un periodismo que hace válida la profecía que se reproduce en medio del control oligopolista del sector y el sometimiento al cálculo y riesgo especulativo del capital financiero. Las lecciones de la cobertura de la crisis económica internacional constituyen, en este punto, un ejemplo ilustrativo de la degradación que vivimos en la profesión.

Si, como es notorio, el ADN del capitalismo financiero es la natural tendencia a la especulación, manipulando la volatilidad y desconfianza de los rápidos intercambios, a corto plazo, mediante la maquinación del precio o valor del dinero, merced, entre otros factores, al control de la agenda de noticias por limitadas fuentes (*Financial Times*, *Wall Street Journal*, *Reuters*, etc.), los informadores del país no han sido capaces de denunciar las estructuras de intereses creados con relación a la vulnerabilidad de los Estados, la propia desregulación de la información bursátil y los flujos de capitales con ausencia de control público y democrático, que hoy condiciona la ruptura de las solidaridades, o, de nuevo, el sojuzgamiento de territorios y culturas subalternas como la andaluza. Si nos permite el lector cierta licencia, y haciendo historia-ficción, cabría hoy preguntarse cómo abordaría en sus páginas *Triunfo* las polémicas declaraciones del hijo de la duquesa de Alba a propósito de los jornaleros andaluces, qué reportajes publicaría en sus secciones a propósito de la especulación y la brutal agresión a las regiones y Estados del capital especulativo, cómo informaría de las estrategias alemanas en la crisis del pepino, o simplemente, cómo reportaría la situación de las nuevas generaciones de emigrantes que marchan a los centros del capitalismo mundial, desde nuestra tierra, por la falta de oportunidades y sobrecualificación en una estructura

económica, que pese al discurso de la Segunda Modernización, constata la posición subalterna y periférica de Andalucía, en el vagón de cola de una UE que más que dos velocidades demuestra haber descarrilado por completo en su destino histórico de integración. Si, como digo, imaginamos la presencia aún en los quioscos de la revista *Triunfo*, probablemente, la respuesta a estos retos o acontecimientos de actualidad no sería otra que la reinvención de la agenda, el arriesgado oficio de repensar la realidad y comprometer la información con el pulso de los cambios sociales mostrando las realidades que los medios periodísticos mayoritarios no están dando en la actual crisis del capitalismo, salvo contadas y puntuales excepciones. En otras palabras, una lección que se debiera colegir de este ejercicio de memoria histórica a propósito del modo de hacer y pensar la información de las prestigiosas firmas que ilustraron y contribuyeron a la elevación del nivel de conciencia posible en la región es, precisamente, que la condición para legitimar el periodismo y restaurar, en fin, la credibilidad y vínculo de la profesión y de los medios con el pueblo andaluz pasa por el compromiso histórico y el riesgo. Pese al pesimismo hoy reinante en la profesión, algunos estamos convencidos que aún estamos a tiempo. Todavía podemos abrir un espacio común para formar, informar y fortalecer la autodeterminación de Andalucía, como en parte iniciativas o plataformas como Periodismo Humano, vienen haciendo. Pero es preciso que se dé cuando menos una condición, la voluntad política de nuestros profesionales. Son ellos quienes tienen la primera palabra, y desde luego —no olvidemos— no la última.

Si por crédito hemos de entender apoyo o autoridad, afirmarse y establecerse en la buena reputación del público por medio de sus virtudes o de sus más que loables acciones, la apertura de una nueva mirada, como hiciera en su momento *Triunfo*, se torna hoy tarea prioritaria y urgente en la profesión. El periodismo ciudadano y otras modalidades y géneros de creación emergente en las redes sociales apuntan hoy, en lo básico, a la demanda de mayor apertura institucional de las empresas periodísticas a la deliberación ciudadana.

Es curioso observar cómo en la reciente reforma sobre el déficit público o en nuestra región el propio diseño del nuevo Estatuto de Autonomía —bien por la limitación del derecho de acceso a las fuentes o por omisión— han coincidido en dejar fuera del marco o espacio público de debate a la sociedad civil. Los continuos recortes de libertades públicas y la restricción de las formas de participación y control democrático de la población contrasta hoy, como resultado, con la emergencia, casi irreverente, de las multitudes inteligentes en línea, y la demanda de movimientos como el 15M de un Periodismo Real Ya que contribuya y dé soporte a un proyecto social de progreso, a un nuevo marco y alianza verdaderamente autónomo e instituyente de nuevas lógicas modernizadoras. Por ello, es por lo que hemos de tomar la revista *Triunfo* como modelo y referente ejemplarizante y asumir sus ecos y voces para articular una nueva cultura de la insurgencia, la de la Andalucía negada y oprimida, la Andalucía de Blas Infante y los sectores populares, la Andalucía del hambre y del pan y circo, la tierra promisoría de las hibridaciones y múltiples formas de resistencia creativa, la topología mítica de una cartografía imaginariamente rica en las luchas y utopías por un futuro mejor; la Andalucía, en fin, de lucha por la Autonomía, de dignidad y camisa blanca, de esperanza verde y coplas heridas, la Andalucía de Carlos Cano o Atín Aya, de García Lorca, Picasso o Camarón, la Andalucía país de ciudades, de tramas y cruces múltiples, abierta, compleja, plural, trenzada con historias y leyendas ancestrales, mítica y desbordante de arte, a la vez que embriagada de esperanza y voces

iluminadas de futuro... La cuestión es si el campo profesional está dispuesto a tomar el testigo dejado por quienes legaron un capital cultural invaluable para proyectar nuevas formas de ciudadanía.

Si hemos de dar crédito en definitiva, y crear, otorgar nuestra confianza a los mediadores de la información es a condición de que nos ayuden a pensarnos, porque dialogamos y nos representamos hablando un mismo lenguaje. Parafraseando un célebre lema de campaña institucional de la Junta, Andalucía será imparables sólo si avanzamos juntos, si todos caminamos, si la ciudadanía está comprometida, implicada... en pie. Y esto sólo es posible con información, con debate, con movilización popular, con un esfuerzo colectivo de pedagogía política. De libertad e información, de diálogo y participación pública, de medios y mediadores conectados, imbricados con las puertas abiertas a todos y a todas. Esto es lo que hizo *Triunfo* y es el legado que mejor podemos aprender a repetir en la nueva historia. Aquí y ahora.

Hemos de tomar la revista *Triunfo* como modelo y referente ejemplarizante y asumir sus ecos y voces para articular una nueva cultura de la insurgencia